

## EL UNIVERSO ANTERIOR

Sofí, pero lo que sofí no fué ensueño.

Observaba un mundo de hace cien millones de años y habitaba en un planeta situado en el cortejo de una de las estrellas lejanas del espacio, en medio de un universo sideral análogo al que existe actualmente, aunque no fuese el mismo, porque el Universo de entonces hoy está destruido y el Universo de hoy no existía.

Había como en nuestra época constelaciones y estrellas, pero no eran las mismas constelaciones ni las mismas estrellas.

Había soles, lunas, tierras habitadas, días, noches, estaciones, años, siglos, seres, impresiones, pensamientos, hechos, pero no eran los mismos.

La Tierra en que nacimos aun no habia sido formada. Los materiales que la componen flotaban en el espacio al estado de difusa nébula, gravitaban en torno del espacio solar que, gradualmente, se condensaba. No habia ni aun agua, ni aire, ni tierra, ni piedras, ni vegetales, ni animales, ni cuerpos algunos como los que la Química reputa simples: oxígeno, hidrógeno, azoe, carbono, hierro, plomo, cobre, etc. El gas que por transformaciones y condensaciones ulteriores debiera dar nacimiento á substancias diversas, gaseosas, líquidas ó sólidas, que constituyen actualmente la Tierra y sus habitantes, era un gas simple, homogéneo, que contenía en su seno, crisálida inconsciente, las posibilidades del porvenir, pero ningún profeta habria podido presentir el desconocido que dormía en su misterio.

Nuestro planeta ofrecía entonces el aspecto de esas vagas nebulosas de gas que el telescopio descubre en el fondo de los cielos y que el espectroscopio analiza. En medio de las estrellas flotaba la nebulosa solar en via de condensación.

La humanidad con toda su historia, cada uno de nosotros con todas sus energías, todos

los seres terrestres estaban en germen en esta nebulosa y en sus fuerzas; pero los seres y las cosas que conocemos no debían llegar á la existencia sino después de la incubación larga de los siglos. En el lugar en que debia estar la Tierra no habia nada, sino un gas que flotaba en la constelada inmensidad. Nada habia en el *lugar* real en que actualmente estamos, porque la Tierra, los planetas y todo el sistema solar vienen de lejos y marchan pronto.



En la historia de la creación, cien millones de años pasan como un día: se borran y se desvanecen, sueño fugitivo, en el seno de la eternidad que todo lo absorbe.



Entonces, cuando aun no existía nuestro planeta, habia como ahora, estrellas, soles, sistemas solares y mundos habitados. Las

humanidades que poblaban esos mundos vivían su vida como nosotros vivimos, la nuestra.

Contemplar el gran trabajo de todos esos seres era un espectáculo conmovedor.

En la indiferencia ó en la pasión, en el placer ó en el dolor, con risa ó con lágrimas, vivían, se agitaban, descansaban, combatiendo, perdonando; acusando, olvidando; amando, odiando; llevados en torbellino fatal; naciendo, muriendo; sucediéndose ciegamente á través de los siglos; ignorantes de la causa que les hizo nacer; ignorantes de la suerte futura de las mónadas y de las almas; juguetes de la Naturaleza que sopla mundos y seres, estrellas y átomos, siglos y minutos, como esas burbujas de jabón que el niño hace flotar en el aire; y precipitándose hacia la muerte, á imagen de esos torbellinos de arena que el viento del desierto levanta y arrabata de huracanes ó con brisas.

Era el espectáculo que la Tierra nos ofrece hoy: multitudes vivas que combaten por la vida y acaban en la muerte.

La idea que más debe llamarnos la atención en esta ojeada retrospectiva, es que entonces la *Tierra no existía*. Ninguno de los

seres humanos que ahora viven, que vivirán en el porvenir ó que vivieron en el pasado, estaba á punto de nacer. Nada, nada de lo que existe en torno nuestro, existía. Y, sin embargo, sobre esos mundos antiguos desde ha mucho tiempo desaparecidos, las humanidades que les animaban tenían su historia actual y presente, ciudades florecientes, campiñas cultivadas, organizaciones sociales, guerras y batallas, leyes y tribunales, ciencias y artes, y los jueces del talento, historiadores, economistas, políticos, teólogos, literatos, se esforzaban en distinguir lo verdadero de lo falso y en escribir concienzudamente lo que también ellos llamaban la historia universal. Para ellos todos, la creación se detenía en su tiempo y en su lugar: para ellos todos, había acabado; el resto del Universo sin límites, el resto de la eternidad sin acabar se perdía en la insignificancia, eclipsada por su actualidad. No pensaban que antes de ellos ya había trascurrido una eternidad y que después de ellos trascurriría otra eternidad.

Vivían, sabios ó ignorantes, ilustres ú oscuros, ricos ó pobres, opulentos ó miserables, religiosos ó escépticos, como si su ser no debiera acabar nunca. Uno amontonaban,

sin olvidar un minuto, una fortuna que sus hijos se apresurarían á disipar; otros miraban y contemplaban sin acordarse del mañana, aquí, batallones inflamaban al populacho con clamores patrióticos; allá, parejas misteriosas enlazaban en el misterio sus almas estremecidas. Presurosos como lo creían para asuntos de gran importancia, arrebatados por el atractivo del placer ó llevados en alas de la ambición, los seres de entonces, como los de hoy, se precipitaban en el torbellino de la vida; Esos pueblos tuvieron como nosotros días de gloria y días de angustia; tuvieron fechas como 89 y como 93, Austerlitz y Waterloo, y los dramas de la política tuvieron también su 18 Brumario y su 2 de Diciembre. Así, en otra época, y en nuestra Tierra misma, brilló la vida de las Babilonias, Tebas, Memphis, Nínives, Cartagos, y la gloria de las Semíramis y los Sesóstris, Salomones, Alejandro, Cambises y Césares, y en nuestros días el silencio de las fúnebres soledades reina como soberano sobre las ruinas de los palacios y de los templos, en el sueño de la invasora noche.

A través de la historia del Universo inmenso, no sólo son los pueblos, los reinos, los imperios, los que han desaparecido, son

mundos enteros, grupos de mundos, archipiélagos de planetas, de universos.

Porque la eternidad no ha comenzado, *nunca* comenzó.

Las fuerzas de la Naturaleza jamás estuvieron inactivas. Para la Naturaleza misma, nuestras medidas de tiempo, nuestras concepciones de duración no existen, no hay para ella pasado, ni futuro, sino un presente perpetuo. Queda inmutable á través de sus manifestaciones y transformaciones incesantes. Nosotros somos los que pasamos, ella dura.

No puedo pensar sin terror en la innumerable cantidad de seres que vivieron en todos los mundos ahora desaparecidos, en todos los talentos superiores que pensaron, movieron á la humanidad y la guiaron en la vía del progreso de la luz y de la libertad; ni puedo pensar en esos Platones, Marcos Aurelios, Pascales, Newtons, de los mundos desaparecidos, sin preguntarme qué ha sido de ellos. Fácil es responder que nada queda, que murieron como nacieron, que todo es polvo y al polvo vuelve: ésa es una respuesta fácil pero poco satisfactoria.



En verdad, no tengo la pretensión de resolver el gran misterio. Me parece que para tratar esos insondables problemas de eternidad y de infinito, estamos poco más ó menos en la situación de hormiga que pretendieran saber historia de Francia; á pesar de todas sus aptitudes intelectuales, tan legítimamente reconocidas, á pesar de toda su buena voluntad, de todos sus esfuerzos y de todas sus investigaciones, es muy probable que no salgan de la historia de su hormiguero ni se eleven á la concepción de ideas un tanto sensatas acerca en los humanos y sus asuntos. Para ella, evidentemente los verdaderos propietarios de los bosques y de los parques son las hormigas y los pulgones domesticados por ellas; y los parásitos de la Tierra son los insectos no comibles que las molestan. ¿Saben que existen los pájaros? Es de dudarse. En cuanto á los hombres es muy probable que ignoren su existencia — á menos que los de las regiones civilizadas tengan en su lenguaje antenal una expresión

que corresponda á la idea de fabricante de azúcar, pastelero, cocinero, confitero, ó de algún enemigo implacable como jardinero.

Pero aun cuando supusieran nuestra existencia, no podrían evidentemente adquirir sobre la raza humana y su historia otras ideas que ideas de hormigas.



Sin duda sería infantil perdernos en las nebulosidades de la Metafísica para obtener una solución que probablemente se nos escapará siempre; pero no por eso deja de ser el asunto de contemplación digno de nuestros pensamientos de soñar en ese aspecto particular de la creación: el *Tiempo*; de soñar en que desde toda eternidad hubo humanidades que gozaron de la vida, y que desde toda eternidad la hora del final del mundo sonó en el cuadrante secular de los destinos, sepultando a su vez los universos y los seres bajo la mortaja de el olvido. Porque nos es imposible concebir un comienzo que no haya ido precedido de una eternidad de inacción, y tan lejos como las ciencias de observación pueden llevar.

nos, nos muestran por todas partes fuerzas en perpetua actividad.

Si el espacio infinito nos desvanece por su inmensidad sin límites, la eternidad sin comienzo ni final se endereza, quizás más formidable, ante nuestra aterrada contemplación. Las voces del pasado nos hablan desde el fondo del abismo, nos hablan del porvenir.

El *pasado* de los mundos desaparecidos, es el porvenir de la Tierra.



Dentro de cien millones de años, la Tierra en que estamos no existirá ó si de ella queda alguna ruina, no será más que un desierto fúnebre; los diversos mundos de nuestro sistema solar habrán concluido su ciclo vital, las historias de las humanidades variadas que se hayan sucedido se habrán apagado desde mucho tiempo atrás, nuestro inmenso sol sin duda habrá perdido su luz y rodará, astro negro, en la inmensidad nocturna. Acaso arrojado por las leyes del Destino en los crisoles de la metamorfosis perpe-

tua, reunido en un choque supremo á algún viejo sol difunto, lanzado como él á través del vacío eterno, resucite, fénix radioso, de sus cenizas encendidas por la transformación del movimiento en calor.

Entonces como hoy, empero, las nebulosas habrán dado á luz soles: entonces como hoy, el espacio inmenso estará poblado de astros sin número que graviten en la harmonía de sus recíprocas atracciones, de tierras que se balancearán en la luz de sus soles; mañanas y tardes se sucederán, flotarán nubes en el encanto de los crepúsculos, atmósferas perfumadas soplarán sobre los bosques y los valles, misteriosos silencios suspenderán el canto del ave que gorjee, y el eterne amor arrebatará á las nuevas adolescencias en el vuelo divino de las aspiraciones insaciables. Ascensión maravillosa de la vida, la naturaleza cantará como hoy el himno de la juventud y la felicidad y la inmortal primavera florecerá siempre en ese universo inmenso donde el historiador del pasado no ve más que tumbas!

Si no hay límites para el espacio; si cualquiera que sea el punto á donde nuestro pensamiento vuele, pueda avanzar *siempre* sin

que *nada* detenga su vuelo sea cual fuere la rapidez y la duración de su infatigable volar; si, en una palabra, el espacio es infinito en todos sentidos, otro tanto sucede con la eternidad: nada tampoco puede limitarla y cualquiera que sea la detención que imaginemos para la duración, cualquiera que sea la hora ó el minuto en que pretendamos hacerla cesar, nuestro pensamiento salta inmediatamente más allá de esa pretendida barrera y continúa su camino.

Actualmente pueblan el espacio infinito mundos nacientes, mundos que han llegado a la edad viril, mundos en decadencia, mundos muertos, diseminados en todas las regiones de la inmensidad sin límites, nebulosas gaseosas, soles de hidrógeno, astros oxidados, planetas en formación, satélites fríos, cometas disgregados. . . . las fuerzas de la Naturaleza se muestran por todas partes con actividad, la energía de la creación permanece constante, que no puede ser aumentada ni disminuida. y todas las ciencias se acuerdan para atestiguar que lo que llamamos destrucción, aniquilamiento, no es más que transformación.

La Astronomía nos revela el *Tiempo* co-

mo nos reveló el *espacio*: nos muestra que nuestra época actual nada tiene de particular en la historia de la Naturaleza, como no la tiene nuestro estado actual, y nos convida á reconocer la duración lo mismo que el espacio, esas dos formas de la realidad, contemplando en una misma síntesis los grandes aspectos del desarrollo del Universo.



No, lo que yo soñé no era ensueño.

Para las humanidades que vivieron en los diversos mundos del espacio, durante las éras anteriores á la formación de nuestro sistema solar, la Tierra con toda su historia no era más que una posibilidad de las fecundaciones del porvenir. Pudo no haber existido nunca. Historiógrafos de los pueblos terrestres, Moisés, Herodoto, Manéthon, Ma-Tuan-Lin, Tito Livio, Tácito, Gregoire de Tours, Bossuet, vosotros todos los que habeis imaginado escribir "historias universales," y tu gran Leibnitz que comenzaste en la creación del mundo la historia de un minúsculo ducado de Alemania, y tú también encantador autor de

las <sup>M302,6</sup> "morfosis" que nos referiste el nacimiento del cielo y de los dioses, el astrónomo sonríe ante vuestros famosos anales como sonríe ante las genealogías de los reyes y de las conquistas de los Césares"

Combats de fourmis sur de minuscules espaces,

inocentes ilusiones de niños que acarician á sus muñecos. Aun cuando se inventaran nuevos microscopios con que distinguir á Carlomagno de Napoleón en el hormiguero de Lili-put, no los distinguiríamos. Y ¡la Tierra entera donde está! Mediante la abstracción del pensamiento acabamos de vivir antes y después de ella: su historia entera se desvanece como un relámpago que pasa en la calma de un prolongado día de verano.



Cuando contemplaba esos panoramas del tiempo y del espacio; cuando otros siglos desfilaron lentamente con sus largos cortejos de glorias desaparecidas, y cuando las humanidades que poblaron los mundos resucitaban en las profundidades de la extensión, dejando

caer sus sudarios y poniéndose á caminar en los senderos florecidos de la vida, todo ese pasado secular y prodigioso se volvió presente, y los millones de soles apagados de éra en éra se encendieron é iluminaron. El cielo se dejó ver alumbrado por innumerables astros que jamás verán nuestros ojos, mortales y la luz de la vida irradió en playas celestes que se sucedieron hasta lo infinit...

De súbito, un inmenso velo negro cayó de arriba de los cielos sobre esas claridades y mi pensamiento cesó de ver. En frente de ese velo corría el planeta en que vivimos, con su velocidad de cien mil kilómetros por hora.

Volvi á hallarme en el estado común de los habitantes de la Tierra que viven sin ver más allá de su horizonte y que imaginan que en el tiempo como en el espacio, sólo existe en el mundo nuestra mediana humanidad.